

lancólicos como las antiguas casas de nuestras ciudades de provincia. Con afecto; esta era una ciudad provinciana gobernada por un legado del Papa; de una República agitada habíase hecho una ciudad muerta.

Hace uno que le indiquen el mejor café y sale de él al instante; es una casucha convertida en fumadero.

Contémpanse un instante dos torres inclinadas construidas en el siglo XII, cuadradas, extrañas, y que no tienen la elegancia de la de Pisa. Se ve la iglesia principal, San Petronio, basilica ojival con bella cúpula; su estilo es gótico italiano y de especie inferior; se piensa con pena en los hermosos monumentos de Pisa, de Sienna y de Florencia; el gobierno republicano y la libre energía inventiva no han dado aquí lo bastante para terminar su edificio: está sin concluir, cortado en dos; se ha blanqueado el interior, las tres cuartas partes de las ventanas se han tapiado; la fachada está sin acabar. Un falso día dejan penetrar las aberturas demasiado pequeñas del techo y de las paredes, que ocupan el lugar de los antiguos ventanales.

RÁVENA

Heme aquí en Rávena, en la más abandonada ciudad que darse pueda. ¡Qué hermosos paisajes los del camino y de las cercanías! En las regueras, en los barrancos, en las lagunas, y legua tras legua, á derecha é izquierda, los ojos encuentran siempre en los campos cultivados las interminables filas de olmos, en los que se entrelazan, caminando de tronco en tronco, los sarmientos tortuosos de las viñas.

Conversé con un eclesiástico del país, antiguo director de colegio. Aquí, en principios, el clérigo está á favor del Papa; pero toda la burguesía, todas las personas que tienen un poco de instrucción, la mayor parte de la nobleza, lo mismo aquí que en las restantes ciudades de Italia, son partidarios del nuevo estado de cosas.

Mi eclesiástico es liberal; aprueba con calor las escuelas y el ejército, que son las dos grandes instituciones presentes. Según él, el natural de este país es muy violento; al instante echa mano del cuchillo y hiere. (Lord Byron, en sus Memorias, les llama bellos tigres de dos patas.) Si han recibido una ofensa, embóscanse por la noche y matan al ofensor. Nada más útil que las escuelas para gentes semejantes; la instrucción, la reflexión, el razonamiento, son los únicos contrape-

esos que pueden hacer equilibrar al temperamento y al instinto. En cuanto al ejército, no solamente es una escuela de obediencia y de honor, sino un aprovechamiento de los instintos feroces; nada mejor aplicado aquí que el proverbio *oziosi, viziosi*; el que se siente lleno de ferocidad en demasía, debe ser utilizado honorablemente contra el enemigo en vez de gastar su fiereza criminal contra el vecino. Muchos hombres enérgicos que habrían sido malhechores privados, se convierten así en defensores públicos. Por lo demás, hay pocos refractarios, y aun disminuye su número de día en día.

Al principio les espantaba á todos lo desconocido; después los relatos de sus camaradas les han tranquilizado, y el brillo del uniforme comienza á seducirles. Otro beneficio es la severidad de los tribunales; los asesinatos son menos numerosos desde que un condenado á muerte no es agraciado con el perdón al cabo de seis meses. Lo importante en este país es poner un freno á las pasiones, que son del todo salvajes, y el nuevo régimen trabaja en ese sentido. Es para mí indudable que en toda Italia la revolución tiene por promotores y sostenedores á las gentes ilustradas (burguesía y clase media) y que la dificultad para éstas consiste en ganar, civilizar, italianizar el pueblo.

Lord Byron, en 1820, en Rávena decía ya que las gentes instruídas eran liberales, y que en la proyectada insurrección los aldeanos no se levantarían en armas.

El tren se detiene, y á un cuarto de legua de la ciudad se apercibe una cúpula redonda, baja, entre los verdores de los chopos y álamos. Es la tumba de Teodorico. Los pilares están asentados

en un lodazal, las puertas caen enmohecidas por la humedad; los bloques de la rotonda parecen haber sido rotos á fuerza de golpes de martillo. La enorme cúpula, de treinta y cuatro pies de extensión, de un solo bloque, ha sido dividida por el rayo. Nada hay en el interior, salvo un altar y algunos nombres de viajantes de comercio escritos con lápiz, amén de unas cuantas chocarrerías dibujadas chabacanamente sobre el muro, que rezuma agua verdosa. El sarcófago donde reposaba el cuerpo de Teodorico se ha quitado de allí; el viejo rey ha sido arrojado de su tumba al mismo tiempo que los Goths de sus dominios, y en el agua pantanosa que baña la cripta vacía, las ranas se chapuzan y cantan.

Se vuelve la vista hacia Rávena y el espectáculo es aún más triste; no es posible imaginarse una ciudad más abandonada, más miserablemente provincial, más decaída; las calles están desiertas; pequeños guijarros agudos sirven de empedrado; por en medio se arrastra un arroyuelo fangoso; nada de palacios ni tiendas. Dos fachadas administrativas bien lisas, la academia y el teatro, se destacan solas entre todo ese desorden, por su propiedad y su llaneza. Vense viejas torres rojizas y agrietadas, restos de antiguas construcciones aplicadas á usos modernos, columnitas blancas incrustadas en un muro de Teodorico, gran cantidad de rinconcitos vulgares ó rústicos. ¿Qué es lo que el pobre Byron—y lo mismo digo de la Guiccioli—podía hacer aquí? Dramas negros, proyectos de conspiración del byronismo. La ciudad está muerta desde yo no sé cuántos siglos; el mar se ha retirado de ella; es la última estación del imperio romano, algo que dejó Bizancio, al retirarse, arrojado entre la arena de la

costa. Sobre esta ribera malsana y poco visitada, la ciudad no ha podido florecer en la Edad Media como otras poblaciones toscanas. Aun hoy día, es bizantina, más desolada que ruínosa, porque el enmohecimiento es todavía peor que el hundimiento. Un canal conduce al mar y vense sobre sus aguas dormidas cuatro ó cinco pequeños navíos y algunas barcas. La sola belleza de esta población consiste en ese bosque de pinos que se destaca entre ella y el canal salobre, y cuyas copas lejanas, formando círculos oscuros, parecen una barrera que limita los bordes del cielo.

*
* *

Los viajeros que han visitado el Oriente, dicen que Rávena es más bizantina que la misma Constantinopla. Una ciudad así, es única en su género. ¿Hay algo más extraño que ese mundo bizantino? Nosotros no le conocíamos bastante; tenemos una colección de cronistas medianos, y á Gibbon, que da una idea tal cual; pero es infinita la distancia que media entre una idea y una imagen completa y coloreada por la vida. ¡Qué espectáculo el de un mundo en el cual fina y se arrastra durante mil años la civilización antigua, bajo un cristianismo corrompido y entre importaciones orientales! No hay nada semejante en la historia; es un momento único del alma y de la cultura humana. Conocemos bien los principios, los crecimientos, las floraciones de los pueblos, lo mismo que algunas decadencias parciales, como las de España é Italia; pero una degeneración tan larga y tan complicada, un gigantesco enmohecimiento de mil años en un vaso cercado, agriado por las fermentaciones de especies tan contrarias y numerosas,

no se ha dado nunca el ejemplo. Hay dos civilizaciones, ambas muy semejantes á deformaciones, á hinchazones, á enormes pústulas de la humana naturaleza, cuya receta quisiera yo ver, no en manos de un boticario, sino de un pintor, Alejandria y Bizancio. Añadid la India y la China, cuando los eruditos hayan descifrado los misterios arqueológicos.

La primera iglesia que se encuentra, San Apolinar, es una fachada espaciosa en forma de piñón, provista de un pórtico, al que sostienen dos arcadas situadas sobre dos columnas. La forma de la basilica subsiste todavía en la gran nave de techo aplanado, y veinte columnas de mármol jaspeado, traídas de Constantinopla, perfilan su capitel corintio, ya agrietado, hasta la redonda ábside. El edificio es del siglo XVI, pero los mosaicos inalterables que desde los dos lados cubren el friso de la nave, demuestran tan claramente como en el primer día que el arte griego había venido á las manos monásticas de los teólogos disputadores y de los césares afeminados del bajo imperio.

Este es todavía el arte griego; diez siglos después de su muerte, los escultores del Partenón conservan su dominio sobre el espíritu humano, y los idiotas habladores que usurpan sin embargo la escena del mundo, perciben siempre con sus ojos entornados, y como á través de una niebla, las grandes formas y las nobles banderas que se ordenaban antes sobre el frontón pagano de los templos. Dos procesiones se extienden sobre estos capiteles: una formada por veintidós santas que se dirigen hacia la Virgen; la otra de veintidós santos que se encaminan hacia Cristo, y ni en una ni en otra aparecen todavía la fealdad expresiva, la

exacta imitación de la realidad vulgar, tal como se la ve en la Edad Media. Por el contrario, las figuras de las mujeres, regulares, un poco alargadas, tranquilas aunque tristes, tienen una dignidad real, casi antigua; los cabellos caen en trenzas y vuelven á levantarse sobre la cabeza como en el tocado de las ninfas; su estola descende en largos pliegues graves. Con la misma gravedad se ofrece la hilera procesional de las grandes figuras viriles, y junto á Jesús y junto á la Virgen hay ángeles que oran, cubiertos de largas vestiduras blancas y ceñida la frente por una cinta blanca también.

Más allá se detienen las reminiscencias; los artistas saben por tradición que un personaje debe estar vestido; que es necesario adoptar tal distribución para el cabello y tal gesto para el rostro; no saben que aquel cuerpo viril tenía un alma joven y sana que vivía bajo aquella figura. Han dejado de observar lo que había dentro del modelo viviente; los padres de la Iglesia se lo habían prohibido. Copian tipos aceptados; de copia en copia, su mano maquinal repite servilmente los contornos que su espíritu ha cesado de comprender y que su desgraciada imitación va á falsear. De artistas se han convertido en obreros, y en esta caída, cada día más profunda, han olvidado la mitad de su arte. No son capaces de percibir las diversidades de la actitud humana, y repiten veinte veces seguidas el mismo gesto y el mismo ropaje; todas sus vírgenes no saben más que llevar una corona y avanzar con aire inmóvil, cubiertas por igual con una gran estola blanca, un manto de paño, de oro rayado ó festoneado como una túnica china, un largo velo blanco sujeto sobre la cabeza y zapatos color naranja—anti-

gua moda griega de poca duración, imitando el estilo monástico y bordados á usanza oriental.—Fisonomía nula; á veces los rasgos de la cara son tan bárbaros como los dibujos de un niño que ensaya. El cuello es redondo, las manos parecen de madera, los pliegues de las telas son mecánicos. Los personajes son bosquejos de hombres más bien que hombres; cuando á través del bosquejo se descubre al hombre, nótese un espectáculo más triste; esto es, el bastardeamiento del modelo, que va más allá de la ineptitud del mosaísta, y la decadencia del hombre, más allá de la del arte.

En efecto, no hay uno de estos personajes que no sea un idiota embrutecido, aplastado, enfermo. Faltan palabras para expresar sus fisonomías, ese aire de hombres bien contruidos y cuyos abuelos eran de buena raza, medio destruidos sin embargo por una larga serie de ayunos y padrenuestros. Tienen ese aire empañado, esa especie de decaimiento y de blanda resignación, en que la criatura viviente, injustamente golpeada, llega á envilecerse y á no sentir.

No hay acción, no hay voluntad, no hay pensamiento, no hay alma; aunque de pie, no saben tenerse en esa postura. Creeríase en vicios secretos, tan visible aparece en ellos el expulsamiento de la sangre y de la humana vitalidad. Los ángeles son grandes simples, con ojos enarcados, mejillas cóncavas y cierto aire entonado, fingido, como el de los aldeanos que, sacados del campo y transportados á la regularidad, al contentamiento en las severidades del monasterio y del seminario, empalidecen y amarillean, sorprendidos y pasmados. Por encima de esos ángeles, muchos santos parecen recién curados de náuseas ó de

fiebres pertinaces; no puede creerse, antes de haberlo visto, que un ser viviente pueda convertirse en una cosa inerte y floja, perdiendo hasta ese punto toda su substancia física y moral. Pero los que llevan esta impresión hasta su último límite, son el Cristo y la Virgen. El Cristo con vestido obscuro, con la barba y la bella cabellera de los dioses antiguos, no es más que un Dios cetrino y consumido; la frente, asiento de la inteligencia, es estrecha y casi no se ve; los labios están adelgazados, la figura aguzada, los grandes ojos hundidos. No hay nada que iguale la degradación de este rostro, á no ser el de la Virgen. La *panagia* se ha hecho mezquina hasta un grado extraordinario; no tiene más que ojos y casi nada de boca ó de nariz; sus largas manos flacas, su rostro descarnado, son los de una tísica que va á expirar; tiene un gesto de maniquí, como el de un esqueleto cuyos huesos y tendones hiciesen juego todavía, y su gran manto violeta no permite ver nada de su cuerpecillo ético.

¿Qué máquina es la que, tomando entre sus engranajes á la planta humana, le ha extraído insensiblemente todo el jugo y toda la savia, para no dejar de ella más que una forma vacía y un detritus inerte? Primero la brutal república romana, después la pesada fiscalización de los césares de Roma, después la todavía más pesada fiscalización de los césares de Bizancio, y un despotismo en el cual todas las potencias capaces de deprimir al hombre se encuentran reunidas. El emperador es un pachá, puede dar muerte, sin juzgarle, á todo individuo, aunque sea un obispo; confisca los bienes privados que causan su envidia ó se declara heredero de las fortunas que le convienen; toda dignidad, todo patrimonio, todas las

cosas del mundo están suspensas angustiosamente á las diversas leyes de su arbitrariedad. El emperador es un inquisidor. Bajo Justiniano, veinte mil judíos son asesinados y veinte mil vendidos. Los montañistas son quemados con sus iglesias. El patricio Photius, obligado á abjurar el helenismo, se atraviesa con su puñal. Y en los otros reinos no se ve más que herejes desterrados, despojados, mutilados ó quemados vivos. El emperador es un jefe de secta ó de facción, tan pronto ortodoxo como hereje; en tanto, persiguiendo á los verdes como á los azules; permitiendo que el partido dirigido por él cometa robos, asesinatos y violaciones en la vía pública. El emperador es un prefecto de las costumbres. Bajo Justiniano, la voluptuosidad es castigada como el asesinato ó el parricidio, y los libertinos son paseados cubiertos de sangre por las calles de Constantinopla. El emperador es un burócrata. Su administración regular, aplicada desde arriba á todas las provincias, suprime la iniciativa humana en todos los ramos para no dejar sobre el suelo más que impuestos y funcionarios. El emperador es un maestro de ceremonias; una complicada etiqueta ordena después de él una jerarquía de oficiales que son máquinas y cumplen sus órdenes y las de ellos mismos en formas vacías, cuyo sentido se desconoce.

Todos los mecanismos que pueden suprimir en el hombre la voluntad y el poder activo trabajan á la vez continuamente y durante siglos, con las violencias que desquician y las debilidades que detentan, esparciendo el terror como en las monarquías orientales y aplicando las delaciones como en la Roma imperial, la ortodoxia persecutoria como en España, el rigorismo legal como en

Génova, la *camorra* como en Nápoles, la rutina oficial y la regimentación burocrática como en China.

Como un hacha que hiende, como una lima que desgasta, como un ácido que descompone, como un rodillo que deforma, los diversos ingredientes del despotismo poco á poco embotan, rompen, abollan, raspan, oxidan ó deterioran el sólido acero cortante que se somete á su dominio. Obsérvese el lenguaje de los escritores; no saben más que loar ó injuriar. Trebonius, trabajando con Justiniano, dice que teme verle desaparecer elevado por los ángeles, porque es demasiado espiritual. Procopio cree que Justiniano y Teodora no son criaturas humanas, sino demonios ó vampiros enviados para desolar el mundo; después de ocho libros de adulaciones, aflojando al fin su odio, amontona furiosas difamaciones con el proceder mecánico de un desesperado que, al escaparse de la tortura, balbucea, se recobra de su espanto, pero no puede hablar. Los otros son cortesanos, ergotistas, escribas, y la nación se parece á todos ellos. Los personajes á quienes un régimen semejante pone en evidencia, son desde luego los criados de palacio, los chambelanes cubiertos de bordados, los mercenarios empenachados, los eunucos, los intrigantes, los concusionarios, y después los casuistas, los gazmoños, los pedantes, los retóricos; y al lado de éstos, en el gran teatro del mundo, á los cocheros, los bufones, las actrices, las prostitutas y los malandrines.

En efecto, esos son los papeles que se destacan en escena. La vieja sentina romana subsiste bajo la corteza monacal de que la ha recubierto el cristianismo. Todavía á arrojar á los condenados á los leones en el anfiteatro; la ciudad entera to-

ma parte en las carreras de carros, y los *verdes* y los *azules* llevan como insignia los colores de sus cocheros y ocultan los puñales en los cestos de frutas para asesinarse ilícitamente.

Como tiempos atrás, en los juegos de Flora, las mujeres aparecían desnudas en el teatro; si los nuevos reglamentos les imponen un cinturón, la hija del guardador de osos, Teodora, la futura emperatriz, se aprovechará de la prohibición para inventar, á la vista de los espectadores, refinamientos de impudicia. Y son los mismos hombres los que se entregan con furor á las pasiones teológicas. «Rogad á un hombre—dice San Gregorio de Nacianza—que os cambie una moneda de plata, y os explicará en qué se diferencia el Hijo del Padre. Preguntad á otro el precio del pan, y os responderá que el Hijo es inferior al Padre. Informaos de si el baño está dispuesto, y se os dirá que el Hijo ha sido creado de la nada.»

Se asesinaban por semejantes controversias, y la sola cosa de interés capaz de producir una revolución en Constantinopla, es la cuestión de la doble naturaleza de Jesucristo. El *trisagión* simple ó completo es cantado á la vez por dos coros enemigos en la catedral, y los adversarios se van á las manos ayudados de bastonazos y pedradas.

Justiniano pasa dos noches enteras compulsando (con sus barbas grises), los volúmenes eclesiásticos, y los monjes que llenan el archipiélago equipan una flota para defender las imágenes contra León el Isauriano. Esos *amateurs* del circo, esos bellos jóvenes que se visten en Huns por un capricho de la moda, esos cortesanos gastados por sus vicios, esos lánguidos voluptuosos que habitan los palacios de estío del Bósforo, to-

dos ayunan, hacen procesiones, repiten símbolos, piden nuevas persecuciones á los emperadores. «¡Larga vida al emperador! ¡Larga vida á la emperatriz! ¡Que los huesos de los maniqueos sean desenterrados! ¡El que no diga: ¡Anatema á Severo!, es maniqueo! ¡Fuera los nuevos Judas! ¡Arroja fuera de aquí á Severo! ¡Fuera el enemigo de la Trinidad! ¡Que los huesos de los entychianos sean desenterrados! ¡Fuera de la Iglesia los maniqueos! ¡Lejos de la Iglesia los dos Estébanes!»

Incapaces de batirse, de gobernar, trabajar y pensar, saben, sin embargo, disputar y gozar. Sobre los restos del hombre disuelto, el sofista y el epicúreo subsisten; el juego de las fórmulas en el espíritu hueco y la codicia de los sentidos en el cuerpo degenerado, son los últimos resplandores que se vislumbran; y las dos obras en las cuales termina esta civilización, ambas dos marcadas con la misma huella, ambas artificiales, enormes y vacías, ambas construidas sin gusto ni razón por la rutina de los procederes lógicos ó por la rutina de los procederes industriales, son, la una, el andamiaje complicado y minucioso de los símbolos y las distinciones teológicas; la otra, el andamiaje engañoso, compuesto de la riqueza acumulada y del lujo exagerado.

El que hubiera visitado Constantinopla antes del pillaje de los cruzados, habría visto un espectáculo original. Después de haber atravesado el recinto de altas murallas almenadas y de torreonnes que defendían la ciudad como una fortaleza de la Edad Media, habría encontrado una imagen de la vieja Roma imperial, las filas de pórticos de dos clases que atravesaban la ciudad en todos sentidos y de un extremo al otro; cúpulas redondas, cuyas doradas veletas brillaban al sol;

pilares gigantescos sosteniendo colosos ecuestres, once foros, veinticuatro termas y tantos monumentos, palacios, columnas y estatuas, que la civilización antigua, arrojada del resto del mundo, parecía haber recogido en este último asilo todas sus obras de arte y todos sus tesoros. Sus efigies de los atletas victoriosos, traídos de Olimpia; las estatuas de los dioses antiguos arrancadas á sus altares; las figuras de los emperadores, multiplicadas por la adulación, cubrían las plazas, los baños, los anfiteatros. Un Justiniano, cuyo pedestal vomitaba agua. Una columna esculpida á la que se subía por una escalera en espiral, soportaba en su cima la estatua ecuestre de Teodosio, hecha de plata dorada. Figuras de tortugas, de cocodrilos, de esfinges, sentadas sobre otros pilares, elevaban en el aire los emblemas de las naciones sometidas. El bronce sombrío de los colosos, la blancura mate de las estatuas, lucían entre los pedestales de pórfido, bajo los mármoles abigarrados de los pórticos, entre las luminosas redondeces de las cúpulas, entre las largas vestiduras de seda, las togas de brocado, las túnicas doradas y abigarradas de un pueblo numeroso. En un circo de mármol, corrían los carros alrededor de un obelisco egipcio. Sobre el circuito, un pilar de bronce en torno del cual se enroscaban enormes serpientes; más allá las fantásticas figuras de Escyla y Caribdis; el antiguo jabalí de Calydon; monstruos de mármol y de bronce anunciaban las fiestas, en las cuales leones, osos y panteras, lanzados á la arena, divertían al pueblo con sus combates y sus rugidos.

Más allá, sobre un trono sostenido por veinticuatro columnas, el emperador daba la señal en el día de Noël, y hombres de todas las naciones

llenaban de admiración á la muchedumbre por la singularidad de sus trajes, sus figuras y su color. Más lejos, un anfiteatro daba el espectáculo de ver á los criminales entregados á las fieras. Al Oriente, Santa Sofía elevaba sus brillantes cúpulas, sus cien columnas de pórfido y jaspe, sus mármoles preciosos con venas rosadas, rayados de verde, estrellados de púrpura, cuyas tintas azafranadas, nevadas y aceradas, se entremezclaban como flores asiáticas entre las balaustradas y los capiteles de bronce dorado, ante un santuario de plata, frente á un tabernáculo de oro macizo, junto á los vasos de oro incrustados de pedrerías, bajo los innumerables mosaicos que revestían los muros de piedras brillantes y de vetas de oro.

Lo que dominaba en la iglesia y en la ciudad era el encumbramiento desordenado y la riqueza ininteligente. Se tomaba la magnificencia por el arte, y se buscaba, no la belleza, sino el relumbrón. Se acumulaban las materias preciosas y se fabricaban bárbaros capiteles. Dejábanse los modelos griegos, cuya sencillez no era comprendida por las prodigalidades orientales, cuya apariencia era más fácil imitar. El emperador Teófilo hacía copiar el palacio de los califas de Bagdad, y el lujo de su nueva morada, por su exceso y sus originalidades, anunciaba la puerilidad y la caducidad del espíritu echado á perder, cuya vejez le conduce ya á una segunda infancia. En la sala del trono, un árbol de oro con sus ramas y sus hojas contenía á un pueblo de pájaros de oro, cuyos diversos acentos imitaban las voces de los pájaros vivientes. Al pie del estrado, dos leones de oro, de tamaño natural, rugían cuando entraban los embajadores extranjeros.

Los oficiales de palacio, divididos en categorías; cada uno con el vestido que le correspondía según su cargo, tenía su manera de presentarse y su diferente actitud delante del emperador (todos esos detalles estaban consignados por el mismo emperador en un libro escrito por su mano).

Entonces los embajadores tocaban tres veces la tierra con su frente, y durante su prosternación, una máquina de teatro elevaba al príncipe con su trono hasta el techo, para dejarle en su sitio con un aparato más suntuoso cada vez. Sus brodequines eran de púrpura, sus ropas estaban consteladas de pedrería. Sobre su cabeza brillaba una altísima tiara persa atada bajo las mejillas por dos cordones de perlas y coronada por un globo y una cruz.

Los más sabios peluqueros habían colocado sobre su cabeza dos clases de cabellos postizos; su rostro estaba pintado. De esta suerte se presentaba silencioso, inmóvil, con los ojos fijos, como un Dios que se manifiesta á sus criaturas; se le adoraba como á un ídolo y él representaba como un maniquí.

Puede formarse una idea de ese lujo, ese culto y esas costumbres, en la iglesia de San Vital, en Rávena. Ha sido construída bajo el poder de Justiniano, y hoy, aunque agrietada en el exterior, miserablemente repintada por dentro, demolida á trechos ó plagada de construcciones discordantes, es todavía la más bizantina de todas las iglesias de Occidente.

Es una construcción singular, y hay en ella un tipo nuevo de arquitectura, tan apartado de las ideas griegas como de las ideas góticas. El edificio es una cúpula redonda coronada de otra nue-

va cúpula, de lo alto de la cual desciende el día. Alrededor da vuelta una galería circular de dos gradas, compuesta de siete medias cúpulas más pequeñas, y la octava, espaciosamente abierta, es un ábside que contiene el altar. De manera que la redondez central se enlaza con un conjunto de redondeces más pequeñas, y la forma globular domina en todas partes, como la forma aguda en las catedrales de la Edad Media y la forma cuadrada en los templos antiguos.

Para sostener la cúpula, ocho gruesos pilares poligonales, reunidos por arcadas redondas, forman un círculo, y parejas de columnitas llenan los intervalos de arcada á arcada. El efecto es extraño, y los ojos, habituados á seguir las columnas alineadas en fila, se asombran aquí de sus entrecruzamientos, de la original variedad de los perfiles, de las formas rectas, cortadas de improviso por las redondeces de las bóvedas, de los aspectos cambiantes ofrecidos á cada paso por aquellas formas discordantes y armonizadas á la vez. El edificio es una creación de otro reino, arrancada, siguiendo desconocidas simetrías, para otras condiciones de vida, como un caracol limpio y enroscado junto á un vertebrado ó un articulado, pomposo y singular si se quiere, pero de un tipo menos sencillo y de una estructura menos sana. La degradación es visible al instante en los capiteles de los pilares y de las columnas. Están cubiertos de pesadas flores y de groseras hojarascas; otras, aun más alteradas, presentan una cifra; el elegante capitel corintio está deformado entre las manos de albañiles y adornistas, hasta el punto de convertirle en una complicación de dibujos bárbaros. Y la impresión hácese al instante más decisiva cuando se miran los mosaicos. Vese á la

emperatriz Teodora, antigua saltarina, prostituta del circo, presentando ofrendas en unión de sus damas y esclavas; figura pálida y casi destruida como la de una ramera tísica; no hay nada más que dos ojos enormes, cejas muy unidas y boca muy grande; lo demás de su rostro es reducido, afilado; la frente y la barba son pequeñas del todo; la cabeza y el cuerpo desaparecen bajo los adornos. No hay en ella más que el mirar ardiente, la febril energía de la cortesana seca y corrompida, envuelta y sobrecargada, no obstante, con el lujo de la emperatriz. Una brillante diadema ordena sobre su frente estrellas de rubíes y de esmeraldas; las perlas y los diamantes se destacan bordados en sus ropajes; su manto de púrpura violácea está bordado de oro; su calzado es de oro. Las mujeres que hay en torno suyo centellean, como ella, jaspeadas todas de oro y cubiertas de perlas; la misma amplitud de los ojos, que ocupan casi por completo la cara; la misma pequeñez de las frentes, invadidas por las cabellos; la misma palidez de las figuras insignificantes y descoloridas. Que el mosaísta sea un simple obrero que copia un tipo aceptado ó un pintor que hace retratos, no importa; puede tomarse aquí una idea de la mujer, tal como ellos la veían ó tal como se la figuraban: ramera usada y marchita, cubierta de oro.

En el otro lado aparece Justiniano con sus guerreros á la derecha y su capellán á la izquierda; especie de solemne majadero con gran manto obscuro, con brodequines de púrpura, aparejado y dorado como una caja preciosa.

Es una figura inerte de madera; los dos ministros de la derecha quieren caerse; sus guerreros, medio ocultos por sus enormes escudos orien-

tales, son mujerzuelas disfrazadas. El artista ha descendido más bajo que el modelo.

En el fondo del ábside, y sobre los dos flancos de la capilla, se presentan hileras de sagrados personajes: Cristo llevando un libro, entre dos santos y dos ángeles; cerca de El diversas escenas de la Biblia; Abel, sacrificando; Abraham, sirviendo á los mensajeros celestes, y bajo la bóveda, pavones, urnas, animales. El arte de agrupar los personajes no está olvidado todavía; al menos saben ordenarlos simétricamente. También algunas veces, en una cabeza de San Pedro ó de San Pablo, vese mezclado un resto de los tipos antiguos. Pero las figuras son cóncavas, inarticuladas, casi iguales á las de una tapicería feudal. Siempre reaparecen los grandes ojos hundidos, de córneas blancas, el rostro mortecino, lívido, obscuro. El Cristo parece un ser desaparecido que sale del sepulcro, una visión de enfermo.

He visto otras dos ó tres iglesias: Santa Agata, el Baptisterio. Este es del siglo V, demasiado parecido al de Florencia, sostenido por dos grados de arcadas cuyas columnas y capiteles parecen, por sus disparates, traídos de los templos paganos; ya en tiempo de Constantino, los arquitectos impotentes despojaban los edificios de los idólatras, arrancándoles sus mármoles y sus esculturas.

Pesados arabescos cubren los muros, y sobre la bóveda se ve el bautismo de Jesús, junto al cual están colocados en fila los doce apóstoles, gigantestas figuras con túnicas blancas y mantos dorados. Su cabeza es pequeña y de una anchura sorprendente; sus espaldas son estrechas, sus ojos se hunden en concavidades huesosas. Sin embargo, el régimen ascético no les ha enflaque-

cido en el mismo grado que á sus descendientes del siglo inmediato al de San Vital; Santo Tomás guarda un resto de energía; San Juan Bautista, semidesnudo, está todavía bastante vivo; sus muslos, sus espaldas y su cabeza están sanos.

A través del agua vese toda la desnudez de Jesús; salvo el brazo, sus músculos se extienden con virilidad. Es posible que el artista cristiano tuviese ante los ojos alguna pintura pagana, y sus manos, enlorpecidas por la tiranía de las ideas místicas, siguiesen temblorosas y pesadas, no atreviéndose á copiar ni osando trazar más que á medias.

Otros tres ó cuatro monumentos vienen á acabar de demostrar ese estado de decadencia. Esta Plácida, princesa imperial á quien el godo Aulfo, su marido, da por presente esponsalicio cincuenta esclavas, cada una de las cuales conducía una vasija repleta de oro y otra de pedrería, tiene su monumento cerca de San Vital. Es un pequeño templo bajo, en forma de cruz, al que se baja por muchas rampas, especie de subterráneo rojizo y sombrío bordado de mosaicos. Rosas, follajes, pájaros fantásticos, serpientes al pie de la cruz, evangelistas, la figura informe del Buen Pastor rodeado de sus ovejas; todo ello salvaje, con un lujo enfático y bárbaro. Muchos sepulcros se destacan en la sombra humilde; uno de ellos representa al Cordero divino; por toisón tiene escamitas; sobre la cruz del sepulcro de Plácida se distingue un rebaño: ¿son corderos, caballos ó asnos?

Otra especie de cueva contiene la tumba del exarca Isaac, fallecido á mediados del siglo VII; vense en él bajorrelieves que un albañil moderno hubiérase desdeñado hacer; los tres magos, bár-

baramente vestidos con pantalones, mantos y bonetes de cura alemán; un Daniel, un Lázaro cuya cabeza es tan grande como la cuarta parte del cuerpo; pavones que apenas se reconoce que lo son. Todo este arte se hunde y se descompone como un edificio podrido que se inclina y se desmorona. En este momento, Rávena, al pasar bajo el dominio de los lombardos, no hace más que caer de una barbarie en otra; bizantina ó gótica, las dos artes se ayudan.

Al mismo tiempo que los hombres, la tierra se desgasta; la fiebre en estío mata á los habitantes; los pantanos—marismas—se extienden y la ciudad se entierra. Ha sido necesario exhumar los restos de San Vital, para ponerlos al abrigo de las aguas, y cuando se va á visitar á una media legua de la ciudad á San Apollinare in Classe, hállase en el camino una columna de mármol; es todo lo que resta de un barrio entero, la última pieza de una basilica destruida.

La iglesia misma parece abandonada; subsiste ella sola en uno de los tres distritos de la antigua Rávena, hoy convertido en un desierto lleno de pantanos; la cripta vese á menudo invadida por las aguas, y cerca de ella un bosque de pinos, muda mansión de las víboras, ha reemplazado al lado del mar á la cultura y á las viviendas de los hombres.

PADUA

19 de Abril

De Bolonia á Padua

Parece que toda esta comarca es un país de aluviones; ésta es una Flandes italiana. A los dos lados del camino de hierro se extiende una llanura inmensa toda verde, llena de ganado y de caballos salvajes. El sol primaveral luce sobre ella con infinito encanto. Nada la limita, á no ser allá en el horizonte una cintura de árboles altísimos dibujados por la lejanía como una delicada franja de seda, y la cúpula inmensa del cielo es del azul más suave que darse pueda.

Bien pronto el piso rezuma humedad y los canales comienzan. A partir de Ferrara, es el camino una elevada calzada al abrigo de las inundaciones: por todas partes regueras, charcos de agua llenos de juncos; á la derecha la marcha plateada del Po, tan lenta, que parece inmóvil, y se desliza así, ampliamente extendido, produciendo la frescura del paisaje, entre arenas pulidas é islas cubiertas de árboles. Se camina por una ruta estrecha, unida, limpia como las de Flandes, entre álamos de un verde encantador; todos los